

Crónica de gentes

EN el Congreso de los Diputados, el jueves 15 de octubre no ofreció motivos para quedar en la historia de la oratoria (acaso sí en otra). Sospecho que tampoco el martes 13 o el miércoles 14. Pero estábamos en el día 15, jueves. Poco había en el Congreso, así que yo desde allí, buscando mayor espacio para mis páginas, fui justo hasta el Hotel Princesa, adonde el Club Convergencia tenía tenida mayor, capítulo principal, para hablar de la TV.

Y ahí echamos la tarde. En Barcelona aquella noche —según contaron al día siguiente— fue fallado el Premio Planeta (y al parecer fallado y bien fallado resultó: fallado, fallido y falluto. Glorioso camino el suyo de la nada a la miseria).

El Hotel Princesa Plaza es un hotel de cinco estrellas edificado sobre parte del solar que dejó el antiguo Barrio de Pozas, en Argüelles. El Barrio de Pozas era un barrio antiguo, aunque no señorial, donde vivía el comediógrafo Lauro Olmo y mucha más gente que no escribía comedias o que al menos no las estrenaba. Los echaron a todos y Lauro resistió allí hasta el final, como un héroe de Baler y casi como un héroe

de Numancia. Y en una sala de tal hotel (propriadamente lo que en las gacetas llaman «un céntrico hotel») se iba a desarrollar el «debate-coloquio» TV pública-TV privada. Interventían, decía la invitación, los siguientes ponentes: José Luis Balbín (director de Programas Especiales de TVE), José María Calviño (consejero de RTVE por el PSOE), Fernando Castedo (director general de RTVE), Antonio Kindelán (consejero de RTVE por el PC), Carmen Llorca (consejero de RTVE por CD), Antonio Senillosa (diputado, presidente de la Comisión Parlamentaria de Control de RTVE) y José Ignacio Wert (consejero de RTVE por UCD). Moderaba el presidente del Club.

Mas en la elevada mesa de los ponentes habían puesto doce copas y no ocho; así pues, aquello parecía estar preparado para la última cena. No la hubo. Aquí no hay más última cena que esa que el presidente Calvo Sotelo ofrece a los cesantes en Casa Lucio en compañía de sus esposas (es

decir: de las esposas de los cesantes cesantes —en un caso Suárez y en otro Fernández Ordóñez— y de la esposa de Calvo Sotelo; no de las esposas de Lucio, a quien supongo cristiano viejo y no mahometano ni tampoco morrón).

Los saludos y guiños de rigor

Además de los siete ponentes había una junta directiva imponente: veintisiete asientos reservados para ella conté, y los veintisiete asientos se ocuparon. Con menos gente hay quien formó partido político, y ocupó no silla, sino poltrona ministerial. Y muchos asistentes que no llegué a contar, tantos que no todos pudieron sentarse. Y bastantes saludos.

Sin ánimo de establecer relación de causa-efecto señalo aquí una cierta evolución en el antiguo abrazo con redoble, tan característico del bajo-franquismo y aun del altosuarismo.

TV: DEBATE EN UN CENTRICO HOTEL

VICTOR MARQUEZ REVIRIEGO

Ahora en lugar de las vigorosas palmadas sobre la paletilla, se dan fricciones suaves en la parte baja del lomo, justo un poco antes del sitio de la carona del burro donde solía sentarse mi amigo Horacio el gitano (porque yo tengo otro amigo Horacio que no es gitano, sino Jiménez)... Aquellos golpes enérgicos y tardo-franquistas ya no se llevan. Nadie sacude el polvo al saludado, ni hay entusiasta que ayude a expulsar un canapé inexistente que cogió por mal camino. Sería deseable que en su evolución la mano saludadora se detuviese en el bajo lomo y no continuara su descenso: estaría muy mal visto.

Lo que sí continúa vigente es el llamado guiño ucedeo. En los comienzos de esta verdadera historia principesca vi guiñar un ojo a Fernando Castedo, y por fuentes bien informadas supe que también lo guiñó José Ignacio Wert. Estos dos guiños quieren decir dos cosas, que son la primera y la segunda. Primera:

si Castedo guiña el ojo se siente ucedeo; queda por ver si de la rama Ribadeo o de la rama dual. Segunda: Wert, que es un chico listo, guapo, educado, que ha leído a Lacan (y además lo ha comprendido) puede llegar a ministro. Porque antes quien dentro de UCD guiñaba el ojo con salero llegaba a ministro o por lo menos a subsecretario. Ahí tenemos el notable caso de Federico Isart, notable sobretodo por sus guiños. Y es que en Unión de Centro Democrático hay dos grupos fundamentales: los que guiñan los ojos y los que los cierran.

Barbas, pipas y filosofías

En el debate también había dos grupos fundamentales: los que estaban a favor de la televisión privada y los que estaban a favor de la pública. Creo que estos últimos son los que tienen más fe. Porque fe es creer en

lo nunca visto y no tengo yo noticias de que en España haya habido nunca una televisión pública. Me dicen que ahora empieza a haberla, pero ahora no tengo yo tiempo de ver la televisión. Por no ver, no he visto ni siquiera a una folklórica muy famosa que sale por la tarde y que se llama Dominga Maura o algo así (no, quizá sea Tomasa) en fin, no lo sé, porque yo en esto de los Mauras empecé por don Antonio —¡que gran acuarelista!— pero sólo he llegado hasta don Jorge Semprún, Maura de segundo apellido).

Estábamos en la televisión pública. Resulta que aquí la televisión fue siempre cosa de unos pocos. Esperemos que quienes quieren televisión privada la entiendan de manera más pública que quienes manejaron la televisión pública. Porque —según dicen quienes saben— tan grave es para una televisión privada quedar mal en público, como para una mujer pública quedar mal en privado.

Como cada ponente tenía tres mi-



De izquierda a derecha: Alfredo Kindelán, José Luis Balbín, Carmen Llorca, el presidente Escudero (presidente del Club Convergencia) y Fernando Castedo.

nutos para hablar, lamentóse Balbín de que la brevedad «imposibilita un discurso filosófico». Es tan grande mi ignorancia que cada día descubro nuevas parcelas y aun latifundios de ella: tampoco tenía yo noticia de que entre las debilidades del señor Balbín estuviera la metafísica. Será porque si en lo de los Mauras sólo llegué hasta don Jorge, en esto de los filósofos también. En esto de los filósofos uno se quedó en Hegel, en don Jorge Guillermo Federico Hegel. Y por tanto no he llegado ni a Balbín ni a Balmes.

Balbín —imposibilitado por falta de tiempo para el discurso filosófico— marcó con claridad las tres cualidades que sus partidarios atribuyen a la TV privada. A saber: *competitividad, calidad y libertad*. Pero resulta que las tres pueden darse en grado óptimo en la TVE pública, cuando haya canales independientes entre sí. No hay mejor televisión que la televisión pública de la Europa democrática. Por eso él quería una televisión pública de todos los españoles (en esto, digo yo, habríamos de procurar que no fuera más de unos que de otros).

El consejero del PSOE, Calviño, gasta barba y pipa privadas y quiere como Balbín televisión pública. El lema de ambos podría ser: «La barba y pipa, privadas; la TV, pública»; «una barba y una pipa para cada uno, una televisión para todos». El vellido segundo iba más por lo jurídico que por lo filosófico, y por eso citó muchas leyes. Luego pasó al ejemplo

italiano. En Italia clamaron por la «libertad de antena» cuando en 1968 vieron que la democracia cristiana iba a controlar menos el Estado.

Doña Carmen Llorca, que no lleva barba ni tampoco pipa, quería televisión privada. Pero tampoco aquí hemos de buscar ninguna relación de causa-efecto, porque Kindelán también sin pipa y sin barba como doña Carmen, en cambio, quería sólo TV pública.

El espíritu hegeliano de TVE

El guñador Wert sostenía que una TV privada mejoraría la TV pública. No decía esto porque empeorarla pudiera ser imposible, sino porque serviría de estímulo cultural y porque ayudaría a rebajar las fuertes tensiones políticas derivadas del monopolio... Y además, aunque no como argumento esencial en su favor, una TV privada contribuiría a la supervivencia de la prensa escrita y de las editoriales. Es un argumento que podría ser más fundamental que cualquier otro, porque estoy convencido de que el último reducto frente a la barbarie es la letra escrita. El día que no haya letra escrita y todo nos llegue por los oídos o por la imagen, el hombre habrá perdido el hábito de la reflexión. Comprendo que salir ahora con estas —cuando en España tenemos una prensa donde con tan triste fre-

cuencia triunfan los cretinos y son apartados los inteligentes— es por lo menos temerario. Pero en esto de la letra y de la imagen, es mucho más importante don Jorge Semprún Maura que doña Dominga (o Tomasa) Maura. Y conmigo está Leonardo Sciascia, que hace unos años dijo aquí mismo a Ramón Chao e Ignacio Ramonet (creo que fue a ellos): «A veces pienso que nosotros pertenecemos a la última generación literaria y que luego llegará la barbarie».

Venia luego otro guñador: Fernando Castedo. Wert emparenta con Castedo por el guño y por UCD, supongo; y con Kindelán por el apellido exótico. Castedo pedía una televisión privada enfocada oportunamente. (No hay nada como guñar el ojo para enfocar con puntería). Lo que no admitía era una disyuntiva TV privada-TV pública, porque en tal caso se inclinaba por la pública. Dejó claro que la TV privada afectaría al bolsillo del contribuyente. Para 1982, TVE tiene un presupuesto de 42.000 millones de pesetas y de ellos sólo 6.000 son de subvención. El bocado publicitario era apetitoso y de ahí mordería la TV privada, por lo que las subvenciones tendrían que aumentar. Volvería más tarde a los dineros de TVE, que este año y por primera vez en toda su historia no ha pedido ni un céntimo de créditos extraordinarios.

Y como alguien hubiese hablado por allí de la diferencia de calidad entre TVE y Radio Nacional (a favor

de ésta, naturalmente) aclaró que sobre la radio puede incidirse en quince días y en la televisión no. Lo cual a mí no me parece enteramente cierto, ni mucho menos. Esto, como todo (aunque no del todo), es cuestión de talento. Preparar una buena serie lleva dos años, decía, y ejemplos vendrían pronto de ello. Serían series españolas, aquí producidas. Y es que para Castedo la televisión es como el espíritu para Hegel, quien decía así: *Para que el espíritu sea verdaderamente, es menester que se haya producido a sí mismo.*

Por tanto, como la televisión que promete Castedo y que ya veremos si la cumple o no. Creo que sí, pero antes de decir porqué lo creo vamos a dejar constancia de que Hegel dice lo de arriba en las *Lecciones sobre la filosofía de la Historia Universal* (Introducción general, capítulo II, «La idea de la historia y su realización»).

Dejamos a Hegel y volvemos a Castedo.

¿Por qué creo yo que Castedo puede seguir?

Sólo por un indicio.

Este: Rodríguez Sahagún ha dicho que Castedo se va. Y sabido es que en esto de las virtudes adivinatorias el que era ministro de Defensa el 23 de febrero no resultó ser precisamente el profeta Daniel. A lo peor cuando estas páginas estén impresas ya ha caído Castedo, pero no se mire eso ni en mi contra ni a favor de Rodríguez Sahagún (que éste sí que puede caer), sino en contra de TVE.

La inevitable María Cuadra

El último de los ponentes y el único aplaudido fue Antonio de Senillosa. Como liberal quería también TV privada, a la que «ahora, de repente, ha surgido un numeroso ejército de partidarios, con este furor del converso». Y no sé yo si entre esos conversos no estaría doña Carmen Llorca, porque resulta que en principio dentro de Coalición Democrática los partidarios de la TV privada eran Senillosa, Arcilza y Osorio, pero no Fraga (es decir, Fraga y los demás).

En estos momentos, seguía, la TVE estaba en buenas manos y el equipo dirigente era atacado precisamente por no ser incondicional del poder como siempre fue costumbre. Ahí estaba el problema (el problema para quienes atacaban); porque como andamos en período preelectoral era peligroso dejar suelta a la TVE. Pero lo primero que hemos de hacer en una democracia es cumplir los plazos

y entre ellos los plazos del Estatuto de la RTVE.

Y hubo después «un animado coloquio». Pero esa misma brevedad que imposibilita el discurso filosófico del señor Balbín impide aquí mis no balbinianas y más humildes glosas. Contaré un poquillo de la primera intervención del coloquio.

Decía el moderador:

—Una señorita...

(Y entonces un maligno a mi lado levantaba falso testimonio y usaba el nombre de Dios en vano: ¡Bendito sea Dios; ya tenemos aquí a la inevitable María Cuadra!).

Y María Cuadra habló así:

—Yo me llamo María Cuadra. Estoy afónica porque anoche... he presentado un festival benéfico...

Luego habló de su amistad con Antonio de Senillosa y como lo hiciera con insistencia y repetición, el señor de Senillosa y Cros empezó a poner caras raras. Y luego María Cuadra dirigióse al moderador:

—Me molesta que usted no sepa cómo me llamo yo. Yo tengo 46 años y soy una niña de la guerra...

(Y apostillaba el maligno a mi lado: «Una niña de la guerra lo sería hace 40 años, 39 en Canarias»).

Más de María Cuadra al moderador:

—Y yo sí sé cómo se llama usted.

(Es que a veces los moderadores no saben o hacen como que no saben cómo se llaman las actrices famosas que fueron niñas de la guerra, y ni siquiera supieron —a pesar de ser senadores— que tan excelentes periodistas como Lorenzo Contreras, Félix Santos o Pedro Calvo Hernando, siguieron día a día el proceso constituyente. Pero esa es otra historia).

Repetía María Cuadra lo de sus 46 años (¡quién lo diría, dijo el maligno, yo creía que eran sólo 45!). Y también dijo María:

—Los que no nos hemos prostituido en nada.

Y resultaba que los actores y actrices que no se habían prostituido en nada no salían en la pantalla pequeña (y tan pequeña!) de TVE. Y más rojos por aquí y rojillos por allá. Y más:

—Los señores políticos a quien todavía no han salido a defender es a los actores.

Y gracias a que ella —decía— tenía un marido que le ponía las lentejas, sino estaría haciendo pasillos por Prado del Rey o en la Castellana.

Pero como yo no tengo ningún marido que ponga las lentejas y además de ser feo no aparento veinte años menos como María Cuadra y por tanto no valgo para hacer la carrera por la Castellana, me tuve que ir a trabajar a casa. ■ V.M.R.

A

PENAS ha sonado el gong de las elecciones gallegas, Madrid se ha quedado deshabitado de políticos. En todas partes ocurre que, cuando

se celebran elecciones regionales, los políticos capitalinos acuden en apoyo de los candidatos de su partido en la región. Pero, en España, con el caso de Galicia, sucede mucho más que esto. Hay en la política española una «mística gallega» que hace que, en época electoral, aunque nunca fuera de ella, Galicia parezca la verdadera



RAMÓN RODRÍGUEZ

Don Leopoldo, ejerce de gallego pero hay que preguntarse que parte de ese galleguismo es suya después del 20 de octubre.

patria de los políticos, el santuario de su peculiar religión.

De los dos presidentes que hemos tenido en la democracia, los dos han alardeado de tener sangre gallega en las venas. Y si, en confirmación de su galleguidad, don Leopoldo Calvo Sotelo veranea aún a orillas del Eo, en el lado «bueno» de este río que divide Asturias de Galicia, no es menos cierto que el señor Suárez terminaba de galleguizarse con largas jornadas de meditación en la playa de La Lanzada.

La impresionante estadística hace pensar que acaso ninguno de los dos presidentes hubiera llegado a serlo si algunos de sus antepasados no hubiesen tenido la muy feliz y política ocurrencia de nacer en Galicia. Y si remontamos la cuenta a las épocas